6769

MARIA PITA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. ANTONIO MALLÍ DE BRIGNOLE.

CORUÑA.
IMPRENTA Y ENCUADERNACION DE V. ABAD.
CAMPO DE SAN AGUSTIN, 3, A.

1876.

14

MARIA PITA.

MARIA PITA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. ANTONIO MALLÍ DE BRIGNOLE.

Representada con extraordinario éxito por primera vez en el Teatro Principal de CORUÑA, el dia 10 de Julio de 1876.

CORUÑA.

IMPRENTA Y ENCUADERNACION DE V. ABAD.

CAMPO DE SAN AGUSTIN, 3, 4.

1876.

PERSONAGES.	ARTISTAS.
D.ª MARIA MAYOR FERNANDEZ DE LA CÁMARA Y PITA.	Sra. Tardos.
ELENA, su prima.	Srta. Calderon
UNA MUGER del pueblo.	Sra. N. N.
TRONCOSO, capitan de Tercios.	Sr. Domingo.
GONZALO, padre de Gregorio.	» Malli.
RIOJA, capitan de Tercios..	» Cirera.
EL MARQUÉS DE CERRALBO, Gobernador general de Coruña..	» Muñoz.
GREGORIO, esposo de Maria y capitan de Tercios.	» Beltran.
UN HOMBRE del pueblo..	» Rodriguez.
UN ALFEREZ INGLÉS.	» N. N.

La accion pasa en Coruña, en el mes de Mayo del año 1589.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar ni en los paises con los cuales haya celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

NOTA IMPORTANTE.

Por un error de imprenta, ha sido puesto en el testo el nombr de PANTOJA, en vez de RIOJA, que es el que debe llevar este personage.

A LAS EXCELENTÍSIMAS CORPORACIONES

Provincial y Municipal

DE LA CORUÑA.

Una gloria pátria, un blason de tanta valía, como la heróica Maria Pita, merece mucho mas que un mezquino cantor, para ensalzar su sin igual proeza, y es campo muy estrecho la escena para grandeza tanta; por tanto necesita acogerse bajo una proteccion poderosa si ha de llamar un tanto la atencion pública.

Por eso pone bajo el amparo de tan dignas Corporaciones este recuerdo de la mas legítima prez de Galicia, que enaltece los timbres de esta capital culta, juzgándose dichoso con tan inmerecida honra,

El Autor.

670167

ACTO PRIMERO.

Una sala decente, en casa de Rocamunde, alhajada modestamente, al gusto de la época; al foro puerta que da á la escalera: dos puertas laterales, en la derecha una ventana, dos lámparas de mano con luces sobre nna mesa. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ELENA Y PANTOJA.

ELENA. ¿Y eso nada mas, Pantoja,
te ocurre?
PANT. Tranquilizarte
puede lo que he referido.
ELENA. ¡Ah! ¡Tu corazon no late
con el amor que por tí
siento en el mio agitarse!
PANT. Cuando peligra la pátria,
cuando el inglés incansable
ha dos dias se presenta
con gran número de naves,
y sus tropas desembarca
en ademan formidable,
y en la Coruña pretende
entrar á fuego y á sangre,
¿quién en amor pensar puede
cuando le espera el combate?

ELENA. Por eso de mi temor
siento el afan aumentarse.
Si el enemigo venciese
y en la ciudad penetrare,
y la muerte despiadada
en tí, mi bien, se cebase,
seria de mi existencia,
Pantoja, el último instante.

PANT. No temas, Dios dará el triunfo
á quien con razon se bate,
y librará del peligro
á los que luchen constantes.

ELENA. Mas hoy ya, por un milagro
tu vida pudo salvarse.
El galeon que mandabas...

PANT. Fué preciso abandonarle
con el San Bartolomé.
En desesperado lance
su capitan Palomino
con mi galeon juntándose,
el San Juan, órden me dió
de impedir á todo trance
que en el fuerte Malvecin
el inglés desembarcase.
Mas fué nuestro esfuerzo vano,
y hubo al fin que abandonarles,
dando á las llamas sus buques,
porque no se apoderasen
de ellos nuestros enemigos;
en el fuerte refugiándose
la gente, salvarse pudo
de una muerte inevitable;
y yo, aquí llegué, corriendo
mil desventuras y azares.

ELENA. ¿Y que será de Coruña
si se alza el inglés triunfante?
¿Qué será de nuestro amor?

PANT. Eso... ¡Dios solo lo sabe!

ELENA. Él, con su santo poder,
en tal dolor nos ampare.

PANT. Me espera el marqués. (Yéndose.)

ELENA. ¿Te vas,
dejándome inconsolable?
PANT. Y qué quieres que haga, Elena?
Me llama el deber... y es antes.
ELENA. Espera, saldrá Maria
y puedes hoy mismo hablarle;
que ya no puedo fingir,
ni esta pasion que aquí arde
(Señalando al pecho)
ocultar mas tiempo.
PANT. ¿Acaso
es ocasion favorable
para nuestro amor la noche
que á correr vá nuestra sangre?
ELENA. Me has prometido...
PANT. Ser tuyo:
mas, ¿como ha de efectuarse
entre el horror de una lid
nuestro suspirado enlace?
ELENA. Mas se puede ahora obtener
de mi prima que lo ampare,
y para cuando haga el cielo
que haya paz, puede aplazarse.
PANT. Tu prima María Pita
que, con valor arrogante,
á defender la ciudad
se resuelve á todo trance,
animando á los mas tímidos,
desde el malhadado instante
en que la flota asomó
cerca de aquí en nuestros mares,
con su marido Gregorio
acaso ahora se halle
ayudando á nuestros bravos
á la lid á prepararse.
Su voz entusiasmo, ardor
en su derredor esparce,
¡y ella sola hará invencibles
nuestras huestes indomables!
ELENA. Es cierto. (Con dolor.)
PANT. Ya ves que ahora

hablarla no ha de ser fácil.

ELENA. Sí; dices bien. (Con amargura.)

PANT. Parto al punto.

ELENA. El cielo quiera ampararte,
y dar á este pueblo el triunfo
sobre el vil que le combate.

PANT. Le dará, sí; porque es justa
nuestra causa y sabrá darle.

ELENA. Y yó, en tanto, á mi aposento
voy al punto á retirarme,
¡y á orar á la Vírgen pura
para que á todos ampare!

PANT. Sí, Elena, vé.

ELENA. No me olvides
de esta noche en los azares,
Pantoja mio.

PANT. Imposible
será que pueda olvidarte.
En tu palabra y en Dios
solo confiar me es dable. (Vase).

ESCENA II.

PANTOJA.

Duéleme engañar así
á esa niña... que es un ángel.
La miento amor, y en el alma
siento un volcan agitarse
por Maria, á quien adoro
con ardor incontrastable.
Por verla... por contemplar
de cerca su hermosa imágen,
y entrar en su casa, finjo
á Elena este amor infame.
En vano su faz severa,
en vano su amor constante
á su esposo, á esta pasion
quiere oponer valladares,
que la siento cada dia
con mas fúria acrecentarse:

y si es Gregorio el obstáculo,
yo haré que no nos separe
¡y en el abismo hundiré
su existencia miserable!
Es ya muy largo el martirio...
ya de sufrir hay bastante,
y he de lograr mi deseo
la ocasion es favorable.
¡Doble victoria esta noche
alcanzaré en el combate!

ESCENA III.

PANTOJA, GREGORIO.

GREG. ¿Aquí tú, Pantoja?
PANT. Sí,
Gregorio; vine á buscarte
por darte la triste nueva
que me hizo huir de mi nave.
GREG. La sé: y el gobernador,
al saber vuestro desastre,
salió á la pescadería,
con seis bravos capitanes,
á oponer al enemigo
quien le detenga en su avance.
PANT. ¿Y... lo logrará?
GREG. Son pocos,
pero henchidos de corage:
y aunque es dudosa la lid
la suerte querrá ayudarles.
PANT. ¿Quiénes los caudillos son?
GREG. Troncoso, Luna, Monsalve,
Manrique, Ponce y Varela,
que hacen de valor alarde
y sabrán por su ciudad
gustosos sacrificarse.
PANT. Parto, pues, y en esa lucha
tambien yo sabré ayudarles.
GREG. Corre: el marqués de Cerralbo
mandó hace poco buscarte,

porque llegó á sus oidos
que el incendio de las naves
San Bartolomé y San Juan
ha sido traicion infame,
y acusan en altas voces
de ella á sus dos capitanes.

PANT. ¡Cobarde infamia! Es forzoso
que corra yo á sincerarme.

GREG. Lidiando como leal
la mancha podrás lavarte.

PANT. ¡Y la lavaré esta noche
vertiendo toda mi sangre.

ESCENA IV.

DICHOS MARIA.

GREG. ¡María!

PANT. (¡Ella!)

MARIA. ¿Aquí estais
cuando el riesgo es formidable,
cuando el inglés muy en breve
hollará nuestros hogares?

GREG. ¿Qué escucho?

PANT. Hablad.

MARIA. La desdicha
vierte en nosotros sus males,
y los nuestros han sufrido
un espantoso desastre.
Ya de la pescadería
es dueño el inglés triunfante.
Al noble y leal Cerralbo,
y á los bravos capitanes
que con él iban vencieron
y aquí pudo refugiarse
el marqués, con unos pocos
que huyendo de la catástrofe
pudieron ganar los muros
y de la muerte salvarse.
Desechos, acuchillados;
palmo á palmo disputándole

el terreno al enemigo,
al número formidable
cedieron, dejando el campo
cubierto con sus cadáveres.
Solo espanto y confusion
circula por nuestras calles,
que el inglés á nuestras puertas
amenazará arrogante,
con insistencia feroz
dentro de pocos instantes.

GREG. ¿Y solos y abandonados
en tan apurado trance
nos deja toda Galicia?

PANT. Solo han llegado Fernandez
de Betanzos, con Moyrans,

GREG. Dos valientes capitanes,
pero con fuerzas escasas
para peligro tan grave.

MARIA. ¿Y acaso no es suficiente
el ardor inquebrantable
que en favor de la ciudad
en sus defensores arde?
Qué importa que sean pocos
los que á lidiar se preparen
si suentusiasmo y su fé,
y su denuedo constante,
en la lucha los convierte
en invencibles gigantes!
Uno de los nuestros hoy
por cincuenta ingleses vale,
y puede hacer que en el polvo
se hunda el orgullo arrogante
de ese estranjero, que intenta
hollar nuestros pátrios lares.
Y si á lograr la victoria
los varones no bastasen...
si un dia la suerte adversa
sus favores les negase,
las hembras todas, resueltas,
como feroces chacales,
á lidiar nos lanzaríamos,

pródigas de nuestra sangre;
y opondríamos un muro
con nuestros pechos leales
á la embestida terrible
que el enemigo intentase...
y antes de hollar la ciudad
sabríamos caer exánimes,
¡que la muerte es preferible
á sucumbir y humillarse!

GREG. Maria, tu voz me alienta,
y concibo, al escucharte,
que pueblo donde hay mujeres
tan heróicas y arrogantes,
jamás puede ser esclavo,
ni puede vencerle nadie!
¡Orgullo eres de mi nombre
y sol de mi pecho amante!

PANT. (¡Ira de Dios! Sus acentos
encienden mas mi corage!)

MARÍA. Marchad y no esteis ociosos
en tan supremos instantes.
La pátria os llama: volad
y vuestro esfuerzo la ampare
contra el inglés que, atrevido,
se aproxima á estos humbrales;
No deis al brazo reposo,
y en la lid fuertes Titanes,
¡convertid en polvo inmundo
ese enemigo arrogante,
y en torno al muro sembrad
el campo con sus cadáveres!

GREG. Partamos, sí; ¡que la gloria
corone nuestros afanes!
(Subiendo al fondo.)
Pantoja (Llamándole)

PANT. (Aparte al pasar á Maria) Vamos. (Maria,
¿siempre desdenes?)

MARIA (Con desprecio, bajo á Pantoja) (¡Infame!
Muere en la lid, y jamás
á escuchar vuelva tus frases)

PANT. (¡Maldicion!)

GREG. ¿Qué esperas?
PANT. Nada.
MARIA. Gregorio, escucha: he de hablarte.
GREG. Sé breve.
MARIA. Si, que urge el tiempo
y es forzoso aprovecharle.
PANT. Junto á los muros te aguardo.
GREG. No haré que me esperes; parte.
PANT. (¡Ah! ¡juro que el sol mañana
alumbre tus funerales.) (Vase)

ESCENA V.

MARIA. GREGORIO.

GREG. ¿Qué me quieres?
MARIA. El ardor
en tus venas infiltrar,
y tu ánimo preparar
á guardarte de un traidor.
GREG. ¡Como! ¿Quién?
MARIA. A ese Pantoja
vigilar es necesario:
á nuestro cruel contrario
él á los muros arroja.
GREG. ¿Supones.....?
MARIA. Sospechas graves
contra él la ciudad abriga,
y no hay uno que no diga
que incendió adrede las naves
para auxiliar al inglés;
y que á eso solo es debido
que esta noche hayan sufrido
los nuestros fiero revés.
GREG. Antes de venir aquí,
por todas partes cundía
esa alarma, y se decía.....
MARIA. Cierto: tambien yo lo oí.
GREG. ¡Vil infame!
MARIA. Esa vileza
es preciso castigar,
y si es cierta ha de pagar

su traicion con su cabeza.

GREG. La pagará, esposa mia;
que en este trance angustioso,
es el traidor mas odioso
y mas vil la alevosia.

MARIA. Alerta está, Rocamunde;
y no tengas compasion,
¡que no merece perdon
quien así á su pátria hunde!
Tambien es fuerza mirar
por nuestra honra amenazada,
que con su intencion malvada
pretende menoscabar.

GREG. ¿Qué dices, Maria?

MARIA. A Elena
mi prima, el infame engaña.

GREG. ¡Infanda y perversa hazaña!

MARIA. El es causa de su pena,
Fingiéndola ardiente fé,
su corazon inocente
cautivó alevosamente,
y amado de ella se vé.
Ser suyo la ha prometido,
que, aunque ella me lo ha ocultado,
la verdad he averiguado.
y su vileza he sabido.

GREG. ¿Y sospechas que ese infame
seduzca su inesperiencia
y en su tranquila inocencia
sombrío dolor derrame?

MARIA. Sé que con fiera doblez
la mintió falsa pasion,
fascinando su razon
y su pura candidez.
Y con el sagrado manto
cubierto de un amor puro,
á otra con anhelo impuro
tiende asechanzas en tanto.
Yo sola, débil muger,
á Elena podré amparar,
mas no podré castigar

su cobarde proceder.
Tú, esposo mio, hombre fuerte,
por tu honor debes velar,
y antes que logre triunfar
reciba de tí la muerte.

GREG. No temas, mañana mismo
le hablaré resueltamente,
y en dar su mano consiente,
á Elena, ó baja al abismo.

MARIA. Nadie, Gregorio, empañar
de nuestra honra el brillo puede,
que en limpia pureza escede
al diurno luminar.
Ahora hácia los muros vé
y al riesgo veloz acude,
¡y que el cielo nos ayude
y su proteccion nos dé!

GREG. Te juro que he de lidiar
con incansable teson,
¡y sabré con decision
mi vida sacrificar!

(Vá á irse y al salir, Gonzalo le detiene)

ESCENA VI.

DICHOS Y GONZALO.

GONZ. ¡Gregorio! ¿En muelle molicie
del cariño conyugal
gozas, y el genio del mal
dejas la ciudad desquicie?
No es tiempo para gozar;
es tiempo de padecer;
hay que luchar y vencer;
¡hay que morir ó matar!
El dia llegado es
de poner en el crisol
al alto nombre español
frente al altanero inglés.
Con nuestros robustos hombros
sostengamos hoy su gloria,

y el contrario la victoria
cante solo sobre escombros.
El jóven como el anciano
y aun la tímida muger,
deben su sangre verter
en contra de ese tirano;
y á tí te toca, hijo mio,
que mi noble sangre tienes
y de limpia estirpe vienes,
mostrar tu esforzado brio,
Tu hueste, de lid ansiosa,
llama en impaciente afan
su valiente capitan,
de dar su sangre anhelosa.
Corre, pues, á combatir
sin temer ni vacilar;
deja á la mujer orar,
el hombre .. ¡debe morir!

MARIA. ¿Y acaso el ardor guerrero
solo es del hombre blason?
¿Un mugeril corazon
no puede ser duro y fiero?
Él, del contrario cruel
vá las iras á arrostrar,
y yo... ¿solo he de llorar?
No: ¡Yo lidiaré con él!
Y si en el combate rudo
no llego un arma á blandir,
podrá mi cuerpo servir
al suyo de férreo escudo:
y no me verán cejar
en el temporal deshecho,
¡que para romper su pecho
el mio han de traspasar!

GREG. Padre; cuando entrábais vos
iba con ardor al muro
á inmolar mi aliento puro
por mi ciudad y mi Dios.

GONZ. ¡Ese es tu deber, espejo
de lealtad y de nobleza!
tambien con firme entereza

dará su sangre este viejo.
Y venturoso seré,
si, al sacrificar mi vida,
libre mi ciudad querida
del duro asedio se vé.

GREG. Partamos, padre.

MARIA. Te sigo.

GONZ. Aquí se hallan tus deberes.

MARIA. ¡Tambien podrán las mugeres
dar espanto al enemigo!

ESCENA VII.

DICHOS. TRONCOSO.

TRONC. Al fin os hallo, Gregorio;
os buscaba con afan.

MARIA. ¡Troncoso!

GREG. ¿Qué hay, capitan?

TRONC. Que vengais es perentorio.
Ha decidido el marqués,
antes de que alumbre el dia,
que de la pescaderia
sea arrojado el inglés.
Para conseguir su intento
reune al punto la gente
mas decidida y valiente
y saldremos al momento.

MARIA Id ¡y que os ayude Dios!

TRONC. En esta empresa arriesgada,
donde la honra está empeñada,
se necesita de vos.

GREG. ¡Dichoso si perecer
con gloria fuera mi suerte!

TRONC. ¡Despreciemos hoy la muerte
y procuremos vencer!
¿Por qué causa al combatir
con decision el soldado
su humano instinto menguado
le hace pensar en morir?
¿Por qué no ha de imaginar

henchido de noble ardor,
que es inmortal su valor
y no puede terminar?
Pensando así será fuerte
en la batalla terrible,
y con animo impasible
se burlará de la muerte.
Venid: no sucumbirá
nuestro esfuerzo generoso,
y del enemigo odioso
la cerviz abatirá.
Es justa nuestra razon
y no hemos de ser vencidos,
ni apagará sus latidos
el ardiente corazon.
Como troncha el huracan
los árboles mas añosos,
nuestros brazos poderosos
los ingleses troncharán;
en cobarde dispersion
los que se logren salvar,
¡con sangre habrán de llorar
su vergüenza y su baldon!
¡Y gozando del inglés
en los lamentos profundos,
serán sus cuerpos inmundos
alfombra de nuestros piés!

MARIA. ¡Sí, á fé, valiente Troncoso,
te inspiras en la verdad!
¡El triunfo de la lealtad
es explendente y hermoso!

GREG. Vamos, pues... ¿por qué tardamos?

GONZ. Yo de la helada vejez
burlaré la pesadez
y lidiaré tambien: ¡vamos!

TRONC. Esperad, que vuestra edad,
sino para combatir,
puede de mucho servir
en favor de la ciudad.

GONZ. ¿Cómo?

TRONC. Escuchad; fuerza es

no perder un solo instante.
Parte Gregorio anhelante,
que espera ansioso el marqués.

MARIA. Yo voy á calmar de Elena
la zozobra y la ansiedad.

GREG. Adios, María!

MARIA. Marchad
con el alma de fé llena.
(Vase por la izquierda:)

GONZ. ¡A lidiar!

GREG. ¡A la victoria!

TRONC. ¡Démos á la honra tributo!

GONZ ¡Hoy será noche de luto!

TRONC. ¡Ó noche de eterna gloria!
(Vase Gregorio por el fondo.)

ESCENA VIII.

TRONCOSO, GONZALO.

GONZ. ¿Por qué me impedís, que parta
con decision á lidiar?

TRONC. Porque vuestro celo aquí
mas provechoso será.

GONZ. No os comprendo.

TRONC. Muy en breve
me comprendereis.

GONZ. ¡Hablad!

TRONC, De Palomino y Pantoja
sospechas fundadas hay,
desde que á sus galeones
prendieron fuego en el mar.
Se dice que concertados
con los ingleses están;
que así les facilitaron
pudiesen desembarcar,
y temen tambien en tierra
alguna nueva maldad.

GONZ. ¿Y será cierto? Es posible
que haya quien llegue á olvidar
su honor y se venda infame

de modo tan desleal?

TRONC. La tierra venenos cria
y fieras las selvas dan.

GONZ. Con sus cabezas debieran
su torpe traicion pagar.

TRONC. Como al fin se patentice
duro castigo tendrá.
Por lo mismo es necesario
que se sepa la verdad,
y para ello es conveniente
sus acciones vigilar.
Pantoja con el marqués
ahora á combatir saldrá,
y quien su conducta espíe
en la lid no ha de faltar;
Palomino está encargado
de un puesto aquí en la ciudad.
Vos, en la puerta de Aires
alerta debeis estar
por si penetrar por ella
quiere el enemigo audaz,
y antes que ceder, ¡la vida
debeis á sus manos dar!

GONZ. En ese puesto de honor
mostraré mi lealtad,
y el que entrar pretenda osado
¡por sobre mí ha de pasar!

TRONC. Desde allí, á ese Palomino,
que cerca situado está,
sin que él note que le espian,
con atencion observad;
y al asomo mas pequeño
que de traicion llegue á dar
le prendeis, y que el marqués
castigo dé al criminal.

GONZ. No sé si, viendo una infamia,
la ira sabré dominar,
y pudiendo darle muerte
le llegue á prender no más.

TRONC. No es digno de recibir
la muerte como leal,

y en público á su vileza
castigo se debe dar.

GONZ. No respondo...

TRONC. ¡Don Gonzalo!
lo manda así el general.

GONZ. Asi lo haré. (Violentándose.)

TRONC. Sin demora
á vuestro puesto volad.
¡Valor!

GONZ. Mis canas son nieve,
¡pero mi pecho es volcan! (Yéndose).

ESCENA IX.

DICHOS. MARIA.

MARIA. Padre, ¿os vais?

GONZ. Si; voy, María
en esta noche á velar
para que nuestro enemigo
no penetre en la ciudad.

TRONC. Es forzoso que la planta
de ese británico audaz,
no huelle este hermoso suelo
cuna del valor leal;
pues si aquí, como señor,
consiguiese penetrar,
desolacion, luto y llanto
sembraría su crue'dad;
y el honor de hijas y esposas
debemos, fuertes, salvar
¡de su desenfreno infando
y su horrible liviandad!

MARIA. Por nuestra honra inmaculada
ni un solo instante temais,
que ese ambicioso enemigo
nunca la profanará.
Muertas, podremos ser suyas,
pero con vida... ¡jamás!

GONZ. ¡Ah! valerosa mujer!
¡contra el terrible Goliat

álzate como Judith
con fiereza colosal!

MARIA. Cada una de las que encierra
esta poblacion sin par,
primero que envilecida
¡valiente Judith será!

TRONC. ¿Quién puede vencer á un pueblo
donde se miran brillar
el esfuerzo sin segundo
la constancia y la lealtad?
Numancia, á la altiva Roma
Supo resistir tenaz;
Sagunto asombró á las huestes
del mas bravo capitan;
ambas entre fuego y ruina
se supieron sepultar;...
¡Numancia y Sagunto juntas
ser la Coruña sabrá!

(Vase por el fondo con Gonzalo.)

ESCENA X.

MARIA (luego) ELENA.

MARIA. Con zozobra y con dolor
entre dos afectos lucho:
de la agresion del inglés
el conflicto y el apuro,
y de mi prima el honor
del cual debo ser escudo.
¡Pobre Elena! Sus insidias
la tiende un hombre perjuro,
en tanto que á mi virtud
atenta hace tiempo impúdico.
Mas há de un año me acosa,
torpe, con su amor inmundo;
y en vano con mis desdenes
constantemente le abrumo;
su persecucion no cede
dándole tormento rudo...,
¡y mientras dure su vída

que no ha de ceder, presumo!
Por aproximarse á mí,
á Elena ha mentido astuto
un amor, que ó de su honra
mancha el cristal limpio y puro
ó entre tormentos crueles
la abre temprano sepulcro.
Es fuerza que esto termine
con un sacrosanto nudo
que á Elena le enlace pronto
restaurando su honor fúlgido,
¡ó nuestra lucha dé fin
con mi aliento ó con el suyo!

ELENA. María ¿por qué me dejas
(saliendo por la izquierda)
sola con tal infortunio?
Ya, de esperarte cansada
á buscarte me apresuro.

MARÍA. Ahora á tu lado volvia,
cual te prometí no ha mucho;
que aquí un deber me llamaba
noble, imprescindible y justo.

ELENA. ¿Qué hay que temer esta noche,
que doquier ruidos confusos
y siniestros á mi oido
llegan del viento al arrullo?

MARIA ¡De la desventura son
los fatídicos augurios!

ELENA. ¿Acaso? . .

MARIA. Antes de la aurora,
tal vez, dentro de estos muros
huelle el inglés nuestro suelo
dando á sus iras impulso;
talando nuestras moradas,
ensangrentando sañudo
sus armas en nuestros pechos,
hollando fiero, iracundo
enfermos, niños y ancianos
en su desenfreno rudo;
destrozando nuestro honor
con ímpetu furibundo,

¡y los templos profanando
donde á Dios rendimos culto!

ELENA. ¡Qué horror! ¿luego en esta noche
solo habrá llantos y luto?

MARIA. Todavía la esperanza
aliento presta á los justos,
y la desesperacion
áun puede darles el triunfo.
Aun hay valientes que osados
lidien contra los perjuros,
¡y con su heróico denuedo
asombro causen al mundo!
quizás al nacer el sol
pueda alumbrar nuestro júbilo,
dorando de la victoria
sagrada el pendon augusto.

ELENA. ¡Hágalo Dios; y á este pueblo
liberte de su verdugo!

MARIA. Por eso es fuerza que todos
con esfuerzo sin segundo,
opongamos al torrente,
dique invencible y seguro.

ELENA. ¡Cielos! (Con terror)

MARIA. ¿Qué importa que venga
el inglés en triple número,
si el valor la fuerza dobla
y es cada gallego un muro?
¡Adios!

ELENA. ¿Y sola me dejas?

MARIA. La Virgen será tu escudo,

ELENA. ¡Maria!...

MARIA. ¡Nada receles!
si sucumbimos, te juro
que anhelosa volveré
á morir al lado tuyo.
(Se oye gran tumulto y voces al foro)

ELENA. ¿No oyes? ¡qué terrible ruido!

MARIA. Sí, gritos fieros escucho...
(Presta atencion)
y se acercan... siento pasos...
¡Ah! ¿que será ese tumulto?

ESCENA XI.

DICHAS. TRONCOSO.

ELENA. ¡Troncoso!

(Al notar que entra Troncoso confuso y desencajado)

MARIA. En vuestra mirada
una horrible desventura
se descubre reflejada

TRONC. ¿Vuestra alma está preparada
á una infinita amargura?

MARIA. Hablad... me sobra valor
y firme me mostraré.

TRONC. Nuevamente nuestro ardor
rendido, postrado fué
por el inglés vencedor,

ELENA. ¡Dios eterno!

TRONC. Los que fueron
con el marqués á lidiar,
apénas de aquí salieron
derrotados se volvieron
en la ciudad á encerrar.
Muchos la vida dejaron
en esta accion atrevida
y otros heridos tornaron...
¡maldiciendo de la vida
que sin honra conservaron!

MARIA. Probarnos quiere el Señor
con golpes de tal rudeza,
exacerbando el dolor,
pero nuestra fortaleza
ahora debe ser mayor.

TRONC. Si; debe serlo, Maria,
aunque turbar nuestra calma
quiera la desdicha impía...
¡aunque se sienta en el alma
el dardo de la agonia!

(Se oyen voces mas cerca y no han cesado.)

ELENA. ¡Crecen las voces!

MARIA. ¿Porqué

se escuchan tales clamores?

TRONC. ¡María! ¡Constancia y fé!

MARIA. ¿Qué pasa? (Con inquietud)

ELENA. ¡De mil temores
el alma presa se vé!

TRONC. Con una herida mortal
entró un campeon leal,
y le van á conducir
para que pueda morir
bajo el techo conyugal.

MARIA. ¿Quién es? (Con zozobra creciente)

TRONC. ¡Maria!

MARIA. (Con terror) ¡Troncoso!
hablad... ¡temo adivinar!

TRONC. No me atrevo, es horroroso.

MARIA. ¿Por qué tanto vacilar?
(Con mucha fuerza)

TRONC. Ese herido... ¿es vuestro esposo!

MARIA. ¡Jesús! ¡Gregorio! (Con un grito agudo)

ELENA. (Espantada.) ¡Qué terror!

TRONC. ¡Alentad!

MARIA. ¡Ah!... ¿Dónde está?

TRONC. ¡Suben!

MARIA. ¡Dios santo!

TRONC. ¡Valor!

MARIA. ¡Esposo!... ¡mi bien! mi amor!
Corro..... (Se dirige desolada al fondo.)

ELENA. ¡Tente! (Conteniéndola.)

TRONC. ¡Vedle ya!

ESCENA XII.

MARIA, ELENA, TRONCOSO, PANTOJA, GREGORIO (moribundo, sostenido por soldados, y seguido por hombres y mujeres del pueblo que entran rodeándole en tumulto y confusion.) (Luego.) GONZALO. Colocan á GREGORIO en un sillon en el centro de la escena) (Un momento de pausa.)

MARIA. Gregorio!
(Lanzándose hácia él, separando á los que le rodean).

ELENA. ¡Oh Dios! (Aterrada, yendo al lado de Gregorio

MARIA. Alma mia.

GREG. Escucha.

MARIA — Oh cielo!
GREG. — Gozoso
muero... á tu lado... Maria...
MARIA. — Toda mi sangre daria
por salvarte amado esposo.
GREG. — Imposible... tu dolor
mitiga... no estés llorosa...
hoy... es la muerte... un favor...
que es por mi pátria... y mi honor...
y es envidiable... y gloriosa...
GONZ. — Dejadme... El es... hijo mio!
hijo del alma

(Saliendo por el foro apartando á todos, lleno de ansiedad.)

GREG. — Dios mio!
Gracias!
GONZ. — Horrible tormento!
GREG. — Este solemne... momento...
debe aumentar... vuestro brio...
MARIA. — ¡Y nada puedo hacer yo
por salvarte...!
GONZ. — ¡Negra suerte!
MARIA. — ¡Ah! ¡vive... Gregorio!
GREG. — No...
ven... cerca... que pueda verte.
Maria... Padre... (espira)
TRONC. — Espiró.
ELENA. — ¡Noche fatal! (Pausa)
PANT. — (Ya logré
mi afan... sola estás Maria
y tu amor conseguiré.)
MARIA. — ¡Gregorio! tomar sabré
feroz venganza bravía.
Séquese el estéril llanto
que ardiente brotan mis ojos,
huya del pecho el quebranto
y mis tremendos enojos
causen al inglés espanto.
Por esa sangre preciosa
que tu pecho arrojó hirviente,
yo, he de beberla anhelosa,

esa canalla alevosa.
haré que vierta un torrente.

GONZ. Si, si, terrible venganza
tomemos del inhumano
que el averno aquí nos lanza...
Esa será la esperanza
que sostenga á un triste anciano.

TRONC. Todos tomarla sabremos
sin temer ni vacilar,
y fieros tigres seremos
que al enemigo acosemos
sepultándole en el mar.
Sobre este cadáver frio,
víctima de la fiereza
de ese leopardo bravio,
juremos con entereza
verter de su sangre un rio...

TODOS. Si, si.....

MARIA. Muy poca será
para nuestra sed ardiente,
y no nos satisfará,
si de ella ese mar rugiente
teñido pronto no está.
A lidiar, á combatir,
con furia desconocida,
despreciando el existir;
que esta turba aborrecida
no nos pueda resistir;
que deshecha y aterrada
huya de nuestro valor
confusa y desbaratada,
y aprenda que antes que nada
es en Coruña el honor.
Alce nuestro desconsuelo,
con denuedo sin igual,
monumento á nuestro anhelo,
¡siendo su techumbre el cielo
y el mundo su pedestal!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Una calle de la Coruña; en el fondo el muro de la Puerta de Aires, con dos torreones practicables; uno de ellos está arruinado por una reciente esplosion y en el lienzo de la muralla á que está unido hay una ancha brecha cubierta con tablones y piedras grandes; el foro campo y horizonte.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUES. TRONCOSO. PANTOJA. Hombres del pueblo, Soldados (con mosquetes y picas.) Es de dia; hay centinelas en el muro del fondo.

MARQUÉS. En este dia, hijos mios,
(Al pueblo y los soldados que le rodean).
será mas ruda tal vez
la prueba que mande el cielo
y el combate mas cruel.
Nueve dias hace ya,
de nuestra sangre con sed,
en este puerto dichoso
se ha presentado el Inglés.
Nueve dias que con furia,
con guerrera intrepidez
nos asedia sin descanso,
sin desmayar ni ceder.
Hasta ahora de la fortuna
el inconstante baiven

en los combates sangrientos
propicio siempre les fué,
y era preciso, su número
superior al nuestro es.
El en el mar nos domina
y en tierra firme tambien.
Suya es la Pescaderia,
donde el confuso tropel
de sus huestes, sobre ruinas
afirma tan solo el pié.
Por todas partes nos cercan,
y con una mina ayer,
de esa puerta el torreon,
nuestro mas firme sosten,
voló con estrago horrible
que nos hizo estremecer.
Pero la ciudad, aun
libre se alza á vista de él,
¡y antes que verse vencida
como el muro ha de caer!
¿Qué importa que seamos pocos
si es inmensa nuestra fé,
y el valor y la constancia
centuplican nuestro ser!
Por esa brecha pretende
entrar con intrepidez....,
¡que ella su sepulcro sea
antes del oscurecer!
Si falta el muro, los pechos
suplan su falta esta vez,
y su ruda arremetida
en ellos estrellesé.
¿Jurais la noble Coruña
con denuedo defender,
sin que se estinga un instante
vuestro aliento bravo y fiel,
y antes que aquí el enemigo
penetre, muertos caer?

TODOS. ¡Lo juramos! (Con ardor).

MARQ. ¡Bien valientes!

TRONC. ¿Quién puede dudarlo? ¿Quién?

Cuando peligra la pátria
y amenazada se vé
la honra que nos alienta
constante desde el nacer,
héroes son todos ilustres
para alcanzar el laurel
de la victoria en la lid
que orne y refresque su sien.
Nadie habrá que un solo paso
hácia atrás cobarde dé;
y de esta ciudad hermosa
cada defensor, marqués,
¡será un atleta invencible
de insuperable poder!
Que vengan los enemigos
en confusion y tropel,
y láncense de la brecha
que abierta por ellos fué,
al destrozado portillo,
que sin temblar ni ceder
le esperarán impasibles.
con osada impavidez,
los bravos que de vengarse
con ánsia inmensa se ven;
y ante su furia y sus brios
tendrán que retroceder,
como ante la tempestad
huye el tímido bajel,
¡su ignominia y su vergüenza
yendo á su pátria á esconder!

MARQ. ¡Bien, Troncoso! ¡Vuestro aliento
siento en el alma tambien!
Yo en la hora del combate
guia y escudo seré
de los que con decision
su sangre van á verter,
¡y al par con todos vosotros
el riesgo compartiré!

PANT. Mucho aplaudo el entusiasmo
de que animados os veis;
mas no debe una imprudencia

el triunfo comprometer.
Midamos nuestros recursos
y compulsémoslos bien,
antes de empeñar un lance
que funesto puede ser.

MARQ. ¿Qué decis, Pantoja?

PANT. ¿Acaso
el valor contrario es
de la prudencia? ¿se escluyen
el uno á la otra tal vez?

TRONC. ¡Vive Dios!

MARQ. Hablad.

PANT. Decídme,
¿no parlamentó el inglés?
¿no ofrece tratos honrosos
que la ansiada paz nos dén?
¿Para qué sacrificar
vidas y haciendas quereis
si cediendo dignamente
felices podemos ser?

TRONC. ¿Ceder?

TODOS. ¡No, no!

MARQ. ¿Tal bajeza,
Pantoja. osais proponer?

PANT. ¿Puede la ciudad dos dias,
destrozada cual se vé,
sin armas, ni hombres, ni víveres,
defensa alguna oponer?
No; pues que sus puertas abra,
¡y dicha tendrá despues!

MARQ. ¿Qué dicha hay en la deshonra?

TRONC. ¿Qué ventura ha de obtener
el que de baldon cubierto
es de un tirano escabel?
vivir esclavo, es oprobio;
morir libre gloria es;
¡ántes que arrastrar cadenas
cadáver prefiero ser!

MARQ. ¡Y todos en este pueblo
lo preferirán tambien!
Al inglés parlamentario

con decision contesté
que siga adelante y vea
si nos consigue vencer,
¡Qué ántes de abrirles las puertas.
el pecho abrirme sabré!

ESCENA II.

DICHOS. MARIA.

MARIA. ¡Y esa la señal será
(Que ha oido las últimas palabras del marqués)
de morir con gloria y prez!
MARQ. ¡Maria! tu aliento heróico
fuerza es que apoyo nos dé.
MARIA. ¡El alma está lacerada
por golpe rudo y cruel!
La muerte de un tierno esposo,
que con delirio adoré,
con su destructora saña
llenó mi pecho de hiel,
dejándome en este mundo
en espantosa viudez.
Pero ella de la venganza
la idea infiltró en mi ser;
y secando de mi lloro
las huellas con rapidez,
dobló mis ardientes brios,
mi valor hizo crecer,
y dióme de combatir
tal devoradora sed,
que, no sangre, ¡laba hirviente
siento en mis venas correr!
MARQ. Dios dispone los sucesos
y el mal reparte y el bien,
con suma sabiduría
en la tierra á su placer:
Tu afan, intenso y profundo,
providencia suya es
¡para que en esta ocasion

nos favorezcas con él!

TRONC. A tu ejemplo los varones,
que te observan y te ven,
con decision y bravura
á la lid sabrán correr;
y despreciando atrevidos,
con osada impavidez,
los estragos y la muerte,
¡espirarán con placer
primero que consentir
doblar al yugo su sien!

MARIA. ¡Doblarla! Antes la ciudad
por nuestra mano ha de arder;
y de escombros y cadáveres
haráse dueño el Inglés,
¡lamentando su victoria,
si la llegase á obtener!

MARQ. Así será; que no hay uno
que á la honra no sea fiel.

MARIA. ¿Alguno habría que infame?...

TRONC. Hay quien osó proponer
entregar nuestra ciudad.

MARIA. Y ese cobarde, ¿quién es?

MARQ. No sepa el mundo su nombre.

MARIA. ¿Impune el traidor?...

PANT. ¿Por qué
se denomina traicion
lo que es prudencia mas bien?
¿La primera poblacion
esta sería en ceder
á la dura adversidad
y al infortunio cruel?
Para quien cae vencido,
cumpliendo con su deber,
despues de luchar osado,
honra preciosa hay tambien,
que no solo alcanza gloria
quien logra en la lid vencer.

MARIA. ¡No estraño de tal lenguage
la cínica avilantez!
El sacrosanto heroismo

vos no podeis comprender,
¡que jamás la ardiente arena
del desierto fértil fué!

TRONC. ¡Y compañeras del hombre
las fieras no pueden ser!

PANT. ¡Esos insultos, Troncoso
no tolera mi altivez!

MARQ. Alejaos de estos sitios,
Pantoja, y agradeced
que no castigue severo
tan torcido proceder.
Para el combate aprestaos,
que será en breve... y sabed
que mientras yo mande aquí
solo habrá para el inglés
acero y plomo, ¡y que muerto
nada mas me entregaré!

PANT. (¡Muy en breve esa arrogancia
hasta el suelo humillareis!) (Vase.)

MARQ. Voy á prevenir á todos
y presto aquí tornaré.
Alerta, que el enemigo
se dispone á acometer (Vase)

ESCENA III.

MARIA. TRONCOSO (luego) GONZALO.

TRONC. ¿No veis en la faz, María
de ese hombre impreso el rencor?

MARIA. ¡Veo el sello de traidor
que obra con alevosía!

TRONC. La clemencia del marqués
nos puede perjudicar.
y es á ese vil vigilar
nuestro mayor interés.

MARIA. Un solo móvil le guia
como su instinto, villano;
pero su deseo insano
no vencerá en la porfia,
Si por conseguirle, artero,

nos hace en la lid traicion,
¡su pérfido corazon
traspase un leal acero!
No debemos seportar
que en esta lucha cruel,
de la victoria el laurel
nos pretenda arrebatar.
Sea ejemplar su castigo,
y al asaltar ese muro
su sangriento cuerpo impuro
halle solo el enemigo.

TRONC. Yo cumpliré con valor
con mi sagrado deber;
de su castigo he de ser
yo solo el ejecutor.
En el asalto á mi lado
un puesto le haré ocupar,
y en viéndole vacilar
será del muro arrojado.

GONZ. Al fin te encuentro, María,
(Saliendo por la derecha.)
abrumado por mi pena
fuí á tu casa, y Elena
en busca tuya me envia.
La infeliz llora angustiada
de recelo y de temor,
y tu debes el valor
volver á su alma ulcerada.

MARIA. Vine aquí para saber
lo que pasa en la ciudad:
lo supe y con brevedad
á casa voy á volver.

TRONC. Veis el estremo apurado.
don Gonzalo, en que nos vemos:
muy en breve sufriremos
el rudo asalto anunciado.

GONZ. Mucho tardan en subir
á ese roto torreon:
¡impaciente el corazon
siente afan de combatir!
En mi duelo hondo y prolijo

me consuela la esperanza
de dar horrenda venganza
al cadáver de mi hijo.
Y si la muerte cruel
burla mi constante anhelo,
seré feliz, que en el cielo
me reuniré con él.

MARIA Con vosotros en el muro,
como la hambrienta pantera,
yo lidiaré la primera
con brazo fuerte y seguro.
Yo haré al inglés orgulloso
en el trance conocer
cuanto puede una muger
que venga á su amante esposo;
y en sus huestes homicidas
estrago y terror sembrando,
¡veré á mis piés exhalando!
á miles de ellos sus vidas
Que el devastador volcan
que siento en mi pecho arder,
¡sus tropas ha de barrer
como espantoso huracan!

TRONC Que no se entibie ese aliento,
y en los nuestros difundido
se trueque en rayo encendido
¡lanzado del firmamento!

GO ¡Rayo será que destruya
cuanto le haga resistencia,
y á su terrible violencia
fuerza es que el contrario huya!

MARIA. Huirá tan escarmentado,
que, llorando su derrota,
cruzará el mar con su flota
confuso y avergonzado.

TRONC. ¡No hay momento que perder!
Vamos al tibio á alentar.

MARIA. Id, que aquí quedo á observar.

GONZ Cumplamos nuestro deber.

TRONC. Al noble marqués busquemos
y sus órdenes sepamos

MARIA. Id al momento.
GONZ. Corramos.
TRONC. Venid. (A Gonzalo.)
MARIA. ¡Valor!
TRONC. Le tenemos. (Vánse Troncoso y Gonzalo.)

ESCENA IV.

MARIA (luego) ELENA.

MARIA. La fiereza de la lid
no causa al pecho temor;
mas pena mi viudez triste
dá al infeliz corazon.
¡Gregorio!... desde ese cielo,
donde tu alma se elevó,
haz que no desmaye un punto
nuestro denuedo y ardor;
y ruega que nuestro esfuerzo
sostenga en el trance Dios
¡y nos conceda la gloria
de no morir con baldon!
ELENA. Al fin te encuentro, Maria.
(Saliendo por la derecha.)
En vano de mi temor
quise calmar el afan,
que ni un punto treguas dió
á mi quebranto, y buscarte
decidí en la poblacion.
MARIA. ¿Por qué, imprudente á las calles
te lanzas?
ELENA. ¿Y lo sé yó?
MARIA. ¿No vés que estás en peligro
si el inglés en su furor
empieza el asalto, y siembra
aquí muerte y destruccion?
ELENA. ¿Y qué me importan los riesgos,
si tan desgraciada soy,
que es la vida para mí
el mas hondo torcedor?
MARIA. ¡Infeliz!

ELENA. ¿Qué es de Pantoja...?
¿salvo de la lid salió?
¿Como no vino, si vive,
á dar consuelo á mi amor?
MARIA. Elena, tu duelo intenso
temple su afan: juro que hoy
decidiráse tu suerte.
Si triunfa nuestro valor
y libre la ciudad queda
de su terrible opresion,
esposa serás de ese hombre,
que el sosiego te arrancó,
¡O pierdo yo mi existencia
antes que pierdas tu honor!
ELENA. Ya sé que me amas, Maria,
con todo tu corazon;
pero por mas que pretendas
ser mi ángel consolador,
no podrás quitar la duda
que en mi pecho penetró,
¡ni que en cariño acendrado
se convierta el desamor!
MARIA. ¿Acaso crees?
ELENA. Que ese hombre
al jurarme fé mintió;
pues hace dias que noto,
con indecible terror,
su indiferencia y desvío
que me llenan de afliccion.
MARIA. Causarte pena es un crímen,
delito hollar tu candor;
que tu inocencia merece
una santa adoracion.
Pantoja, por esto solo,
ya es delincuente y traidor;
¡y si á su palabra falta
tiemble de mi indignacion!
ELENA. ¿Y qué podrás...?
MARIA. ¡Con su sangre
cobrar tu deuda!
ELENA. ¡Eso no!

que, aun ingrato, yo le adoro
con infinita pasion,
¡y si la vida perdiese
tambien moriria yo!

MARIA. En el amor de ese hombre
es inmensa tu ilusion.....
¡haga Dios que tu existencia
no vea marchita en flor!

ESCENA V.

DICHAS. PANTOJA.

ELENA. (¡Él es!)

PANT. (¡Elena!) (Al verla, contrariado.)

MARIA. ¡Pantoja!
(¡Ampararme quiera Dios!)

PANT. (¡Fatalidad!)

MARIA. Acercaos:
no abrigueis ningun temor,
ni de su amor acendrado
receleis reconvencion.

PANT. ¿Y por qué he de recelar
si causas á ello no doy?

MARIA Consultad vuestra conciencia.

PANT. Nada en ella me acusó.

ELENA. ¿Porqué hace ya cuatro dias,
que mi afan devorador
no has acudido á calmar?

PANT. Mi deber me lo impidió.
Antes que mi amor, Elena,
debe ser mi obligacion,
¡y cuando la pátria llama
mengua es desoir su voz!

MARIA. ¿Y ese amor que la jurásteis,
sin que lo supiera yo,
escondiéndoos en la sombra,
porque os deslumbraba el sol,
era justo se ocultase
á mi afecto protector?

PANT. Temí que no consintiéseis.

MARIA. ¡Estraño es temiérais vos!
(Con sarcasmo.)
ELENA. ¿Y de ese frio desden
que mi amante pecho heló,
tambien el temor fué causa?
PANT. Fué de tu mente ilusion.
MARIA. ¿Luego vos la amais sincero?
(Con intencion.)
PANT. ¡Maria! (Con acento de reconvancion).
ELENA. ¡Di, por favor!
PANT. Sobre este asunto, deseo
que hablemos solos los dos. (A Maria.)
MARIA. ¿En este sitio? (Con asombro.)
PANT. Es urgente (Con intencion.)
aprovechar la ocasion.
ELENA. Óyele: yo en tanto vuelvo
á mi estancia, y allí á Dios
por mis penas y mi pátria
voy á elevar mi oracion.
MARIA. ¡Bien está! Quiero escuchar
los ecos de vuestra voz;
y si procedeis leal
contad con mi proteccion.
PANT. Digno mostrarme sabré
(Con mucha intencion.)
á los ojos de mi amor.
ELENA. ¡Esa promesa, Pantoja.
da calma á mi corazon!
Pronto volveré, Maria;
que á solas con mi dolor
vivir no puedo, y es fuerza
dar fin á esta indecision.
MARIA. ¡Véte en paz!
ELENA. ¡El cielo quiera!
concederme su favor! (Vase.)

ESCENA VI.

MARIA. PANTOJA.

MARÍA. Pantoja, solos estamos;
que los que guardan los muros,

de que puedan escucharnos
no abrigueis recelo alguno.

PANT. No me importa que mis frases
oir pueda todo el mundo.
Caiga ante tí el antifaz
que hasta hoy me tenia oculto,
y salga el volcan, que el pecho
guarda en su cráter profundo.
En él no existe cabida
para mas amor que el tuyo,
y por llegar á tu lado
fuí con Elena perjuro:
y tal la violencia es
del fuego en que me consumo,
¡que de no poder ser mia
te haré presa del sepulcro!

MARIA, ¿Y amor llamas, ¡insensato!
á tus deseos impuros,
que las fúrias de los réprobos
alzan en tu seno inmundo?
De la pasion mas sublime
que Dios en el hombre puso
haces mofa, ¡profanándola
con infame afan impúdico!
¡Hazte atrás..... y á mi no llegues,
que al aproximarte juzgo
de una venenosa sierpe
aspirar el letal jugo!
Tu hálito pérfido, mancha
mi honor esplendente y fúlgido,
¡como manchan á ese sol
los nubarrones negruzcos!

PANT. Ni tu desdén me intimida,
ni me ofenden tus insultos;
que me hallo á todo resuelto
y á todo ya me aventuro.
Por lograrte, hasta el delito
descenderé con orgullo,
y despues de hacerte mia
¡corte mi cuello el verdugo!

MARIA. ¡Cobarde!

PANT. Di cuanto quieras;
ni me ofendo, ni fluctuo.
Mientras que vivió tu esposo
mi corazon se contuvo:
padecí horribles torturas
sentí dolores agudos
por no hollar de tu himineo,
Maria, el sagrado nudo.
Pero la suerte, por fin,
rompió mi maldito yugo
¡y me contemplo dichoso
al verte sola en el mundo!

MARIA. ¿Sola? ¡Te engañas! Por mí
vela un Dios potente y sumo,
¡y fuerte roca seré
con su sacrosanto escudo!
No temo ni tu fiereza
ni tu rencor iracundo,
¡que cual caña delezable
se quebrarán á mi impulso!

PANT. ¿Qué puede de una muger
la flaqueza en este mundo?

MARIA. Una muger, en Betulia
dió muerte á un monstruo sañudo,
¡y una muger, de Luzbél
postró el furor iracundo!

PANT. Oye, por fin; si te niegas
á darme el premio que busco,
sufrirá de mí ira el peso
ese pueblo altivo y rudo.
Por mí guiado el inglés
hollará hoy mismo ese muro,
y á fuego y sangre entrará
alcanzando breve triunfo;
¡y entonces serás mi esclava
y gozaré en tu infortunio!

MARIA. ¡Cobarde, traidor, aleve!
¡Horrorizada te escucho,
y las furias del averno
en tus ideas descubro!

(Gonzalo sale por la derecha.)

PANT. Mia, ¡ó la Coruña en ruinas
verás en pocos minutos!

ESCENA VII.

DICHOS. GONZALO.

GONZ. Antes tu vil corazon
será en mil trozos partido,
pérfido aborto nacido
del seno de la traicion!
MARIA. ¡Dios, D. Gonzalo, os envia!
GONZ. Soy tu egída y no te dejo,
PANT. ¡Caduco y mísero viejo.
teme la venganza mia!
GONZ. Tu venganza es impotente,
que su ser es infernal,
¡y ante el poder celestial
se humilla y dobla la frente!
Viejo soy, pero aun mi mano
puede blandir el acero,
¡y darte la muerte espero
con el favor soberano!
PANT. Antes tus canas serán
de mis furores despojos.
GONZ. ¡Al rigor de mis enojos
tus traiciones se hundirán!
MARIA. No espongais, noble Gonzalo,
vuestra preciosa existencia,
á la cobarde violencia
del que á Satanás igualo.
Yo haré saber al marqués
de ese infame la vileza,
¡y su malvada cabeza
hará rodar á sus pies!
GONZ. ¡Judas! que á tu pueblo vendes
con torpeza y con baldon,
¿como tan cobarde accion
sin remordimiento emprendes?
PANT. ¿Que me importa el deshonor
con que mancho mi linage,

si el ignominioso ultraje
lo cometo por amor?

MARIA. Ese amor, que me horroriza,
y que en tu pecho se inflama,
no es la sacrosanta llama
que las almas diviniza;
es el fuego destructor
que arde en el horrible infierno,
¡y que destina el Eterno
al vil prevaricador!

GONZ. Corre y dá á tu idea cima
á España causando asombros;
de este pueblo los escombros
hunde en insondable sima,
que, con luciente fulgor,
de entre la ruina humeante.
¡se alzará altivo y triunfante
de esta ciudad el honor!

PANT. Pero á su luz miraré
mi deseo realizado....
mi afán único logrado,
y feliz espiraré.
Nada me podrá impedir
que cumpla mi decision,
y en horrible destruccion
Coruña ha de sucumbir.

ESCENA VIII.

DICHOS. TRONCOSO.

TRONC. Eso faltaba no mas
á tus instintos de fiera:
pero esa traicion artera
á la otra no añadirás.
Si aquella lograr pudiste
por las sombras protegido,
como esta á luz ha salido,
al decirla te perdiste.

GONZ. ¡Mas vilezas!

TRONC. ¡Una odiosa!

MARIA. ¿Y Dios su vida consiente?
PANT. (¡Lo sabe!) (Con ira.)
GONZ. Hablad.
TRONC. A un valiente
ha dado muerte alevosa.
PANT. ¡Yo!
TRONC. Quien vió tu torpe ardid
al marqués lo reveló:
él á Rocamunde hirió
traidoramente en la lid.
GONZ. ¡A mi hijo! (Aterrado.)
MARIA. ¿Tú el asesino
(Con ira y llanto.)
de Gregorio...? ¡Tal idea
causa horror!... Mil veces sea
(Con fuerza)
maldecido tu destino!
PANT. Pues bien, si: por obtenerte
y por mis celos cegado
de furor arrebatado
á tu esposo dí la muerte.
Fuí á la ciudad traidor;
por mi el estrago os espera. .
¡soy... la acorralada fiera
que infunde al rugir pavor!
TRONC. A las fieras, se las caza
ó con lazo, ó con puñal...
¡no ha de quedar ni señal
en la tierra de tu raza!
GONZ. No; ni abrigará en su seno
quien la destroce y la afrente,
¡ni sobre ella la serpiente
verterá mas su veneno!
MARIA. ¡Feroz chacal! ¡Hiena inmunda,
cuya presencia dá horror!
La cólera del Señor
para siempre te confunda!
Y por ella aniquilado,
en horrendo padecer,
veate yo con placer
deshecho... ¡pulverizado!

PANT. ¡Nada mi aliento intimida,
(Sacando la espada.)
Vuestras iras desafio!
Si teneis bastante brío
¡arrebatadme la vida!

TRONC. Si; que tengo afan de verte
á mis plantas espirar!

GONZ. Yo solo, debo vengar
de un hijo caro la muerte.

PANT. Venid á un tiempo los dos,
¡y os hará temblar mi mano!

TRONC. Dejadme á mi, buen anciano.

GONZ. Soy débil, mas fio en Dios!

MARIA. Si á entrambos logra vencer,
por el infierno asistido,
¡juro al cielo, que vencido
será por una mujer!

TRONC. ¡En tu sangre á nadar vas!
(Saca la espada y lidia con Pantoja,)

GONZ. ¡Tiembla, infame! (A Pantoja,)

PANT. ¡Ira del cielo!

MARIA. ¡No haya piedad! (A Troncoso.)

GONZ. (A Troncoso.) ¡Muerda el suelo!

TRONC, ¡Cobarde! (Lidiando con Pantoja.)

MARQ. ¡Todos atrás!
(Saliendo é interponiéndose entre los combatientes.)

ESCENA IX.

DICHOS EL MARQUÉS Y SOLDADOS.

MARQ. ¡Y que tiemblen el castigo
que impondré duro y severo!
Diríjase hoy el acero
al pecho del enemigo;
y no se emplee el ardor
en contiendas enojosas.....
Para empresas mas gloriosas
se necesita el valor!
Los muros á asaltar van
los terribles adversarios:

allí solo necesarios
los grandes héroes serán:
allí Felipe segundo
vuestro denuedo reclama...
¡allí se alcanza la fama
que se estiende por el mundo!

TRONC. Pero vos sabeis, señor,
su horrendo crímen cual es.

MARQ. Cuando nos reta el inglés
¿quién se ocupa de un traidor?

GONZ. ¡Mató á mi hijo!

MARQ. Lo sé, anciano.

MARIA. ¡Me ha sumido en la amargura!

MARQ. ¿Y merece, por ventura
morir así ese villano?
Honra al caer recibiera
y oprobio solo es su suerte
¡Vaya á recibir la muerte
donde ignominia le espera!
Pronto, de aquí le alejad,
(A los soldados.)
y haced que trasponga el foso;
¡que su aliento ponzoñoso
no contagie la ciudad!

GONZ. ¿Libre le dejais?

MARQ. Si á fé.
Si ahora la muerte le diéramos
tan infames como él fuéramos
¡y yo nunca lo seré!

MARIA. Si, que no le vea mas,

TRONC. ¡Juro!...

MARQ. Partid.
(A Pantoja y los soldados que le han rodeado.

GONZ. ¡Suerte impía!

PANT. Temblad todos! Tú, Maria,
¡te juro que aún me verás!
(Vase por la derecha con los soldados.)

ESCENA X.

EL MARHUES. MARIA. GONZALO. TRONCOSO. SOLDADOS. PUEBLO.

MARQ. Ahora al peligro acudamos,
que ya el enemigo avanza,
¡y puesta en Dios la esperanza
esos muros defendamos.
(Se oyen cañonazos y tiros dentro.)
(Todos acuden armados y coronan los muros.)
¡Ois? ¡Ya truena el cañon!
TRONC. ¡A sus puestos!
(A los soldados que suben al muro.)
MARQ. ¡Cada cual
luche á su pátria leal! (Sube al muro.)
MARIA. ¡Nadie ceje en la ocasion!
TRONC. La sangre en las venas arde
ese fragor al oir.....
y primero sucumbir
que retroceder cobarde.
Vamos. (Subiendo al muro)
MARIA. ¡Titanes serán
hoy los nobles coruñeses,
y esos altivos ingleses
á sus plantas rodarán!

ESCENA XI.

DICHOS HOMBRES Y MUJERES DEL PUEBLO EN TROPEL (luego) UN ALFÉREZ INGLES.

TODOS. ¡Aquí todos!
(Sigue el combate, se oyé disparos y cañonazos dentro, y los del muro contestan disparando tambien.
HOMBRE. ¡Acudid!
MUJER. Se acercan yá
HOMBRE. Vengan, pues...
¡No ha de quedar un inglés
para contar esta lid!
MARIA. ¡Asi os quiero yo!

MUJER. ¡Maria!
MARIA. ¡Cumplid sagrados deberes!
MUJER. ¡Tambien saben las mujeres
combatir con bizarría!
HOMBRE. Por defender sus derechos
¿quién no dá su sangre, quien?
Los que sin armas estén
pongan por muro sus pechos.
MARIA. ¿Y sabreis vencer?
TODOS. ¡Si, Si!
HOMBRE. ¡Nuestro corage mostremos!
MUJER. Y que si armas no tenemos
buenas piedras hay aquí.
(Todas las mujeres cojen piedras del suelo.)
MARIA. Cuando en el pecho hay valor
es cualquier arma terrible,
¡y se vence lo imposible
cuando nos guia el honor!
HOMBRE. ¡Al muro!
MARQ. Ya las escalas
arriman.
MARIA ¡Rompedlas ya!
¡pronto! y necesitarán
para subir tener álas!
MUJER. ¡A romperlas!
HOMBRE. ¡Sí, corramos!
MUJER. ¡Arriba!
TODOS. ¡Arriba!
MUJER. ¡Maria
guíanos!
MARIA. ¡Hoy es el dia
de prueba y en él triunfamos!
(Todos se lanzan al muro: Maria les sigue con ardor: hay un momento en que solo se oyen los disparos de los combatientes. De pronto se vé abrir un claro en la brecha y aparecer en ella un Alférez inglés, con una bandera en la mano izquierda, y la espada desnuda en la derecha.
MARQ. Ya suben!
ALFÉREZ. (Dentro.) ¡Seguidme..... arriba!
MUJER. ¡Mirad!

MARIA. ¡En ira me abraso!
ALFEREZ. (dentro) ¡A triunfar!
MARIA. Abridme paso...
(Con ira subiendo al muro y separando á todos.)
¡y en bronce esta hora se escriba!
¡Valor, firmeza... y la palma
de la gloria nuestra es!
ALFEREZ. ¡Coruña por el inglés!
(Apareciendo sobre el muro por la brecha.)
MARIA. ¡Por el infierno tu alma!
(Coge una pica de un soldado, se lanza sobre el inglés, cogiéndole la bandera, y lucha para arrancársela.)
TODOS. ¡Muera!
(Tirando piedras por la muralla.)
ALFEREZ. Arriba todos.
(Animando á los suyos que se supone suben por las escalas y forcegeando para quitar la bandera á Maria.)
TODOS. ¡Muera!
ALFEREZ. ¡Nuestros son!
(Dando un paso hácia adelante en el muro.)
MARIA. ¡Tuyos¡ ¡Jamás!
tuya es la muerte no mas,
¡y nuestra es esta bandera!
(Le hiere con la pica en el pecho.)
ALFEREZ. ¡Ay!
(Cayendo de espaldas al foso, soltando la bandera, que queda en manos de Maria.)
TRONC. Cayó.
MARQ. Rodando al foso,
cien mas arrastra con él.
GONZ. ¡Mirad! A Troncoso.)
TRONC. ¡Huyen en tropel!
MARQ. ¡Gracias, oh Dios poderoso!
GONZ. Se alejan.
MARIA. ¡Dia dia gloria!
TRONC. Las escalas quitan ya.
GONZ. ¡Oh dicha!
MARIA. Ya lejos vá.
TRONC. ¡Viva Coruña!
MARQ. ¡Victoria!
(Gonzalo, el marqués, Troncoso, Maria y el pueblo,

hombres y mujeres, con gozo, y en tropel, formando grupo, bajan al centro de la escena. Quedan los soldados coronando el muro. María baja con la bandera y se coloca en el centro de todos.)

¡Nuestra es al fin la jornada!

MARIA. ¡Premio de la lealtad!
Huye de nuestra ciudad
esa turba escarmentada.
A esconderse entre la sombra
con ira y rubor se aleja,
y esta bandera nos deja
para servirnos de alfombra!

(La tira al suelo y pone los pies sobre ella.

Grabad en vuestra razon,
(A todos con mucho ardor.)
y en los fuertes corazones
¡que así caen las naciones
que difunden la opresion!
y no pueden perecer
ni llegar á sucumbir,
¡los que antes saben morir
que esclavos cobardes ser!
Siempre con brio luchad
y con anhelo constante
y os alumbrará radiante
el sol de la libertad!

(Señalando al horizonte. Forman todos grupo y cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon gótico y espacioso del palacio del marqués de Cerralbo: al fondo una ancha galería que da sobre el patio principal, y á la que se sale por una puerta que hay en el centro del telon y que ha de cerrarse. Puertas laterales. Alfombra y muebles de la época.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUES. GONZALO. SOLDADOS Y PUEBLO.

MARQ. Hora es ya de que en descanso
el rudo lidiar se trueque,
que en vez de tronar cañones
parleras campanas suenen;
y al dolor y la agonia
suceda el júbilo alegre.
Hora es ya que la ciudad
el negro luto destierre,
y entapizada de galas
alce triunfante la frente;
que dé á Dios gracias rendida
elevando hasta él sus preces,
acudiendo al santo templo
en actitud reverente;
que la mansion del Señor
de humo de incienso se llene

GONZ. Si; hora es de que los semblantes

regocijados se muestren,
lanzando en vez de suspiros
de gozo risas alegres.
Que ante España, que la admira,
su orgullo Coruña ostente,
por haber roto y vencido
del altivo inglés las huestes,
¡dando al mundo un digno ejemplo
de lo que al honor se debe!
Que sepan que en esta tierra
los habitantes son héroes;
que en sus pechos, al valor
encierran culto ferviente,
¡y el ardor y el entusiasmo
que hay en ellos, nunca muere!
Que el santo amor de la pátria
en sus almas vive siempre,
¡y antes que verla humillada
gozosos buscan la muerte!

MARQ. ¡Es verdad! ¡Antes que esclavos
cadáveres ser prefieren!
y el baldon y la ignominia
rechazan los coruñeses,
¡con entero corazon,
alma pura y brazo fuerte!

GONZ. Bien lo han demostrado ahora
en esta ocasion solemne.
Contra enemigos terribles
henchidos de saña ardiente,
saben luchar con teson
sin que nada les arredre,
contra soldados armados
los ciudadanos inermes,
con su furor y sus manos
con bravura se defienden.
A ejércitos aguerridos
hacen que huyan y se aterren;
sin contar á sus contrarios
decididos arremeten,
y se lanzan al combate
¡uno no mas contra veinte!

¿Qué les importa ser menos,
si es mayor su ímpetu fuerte,
y desbarata legiones,
que á su impulso el polvo muerden,
como siega el labrador
en el estío las mieses?
Si firmes y altívos muros
en su defensa no tiene,
oponer sabe su pecho,
como el mármol resistente,
¡y antes que ceder un paso
con eterna gloria muere!
La pátria que venturosa,
hijos tan grandes posee,
cuyos corazones duros
ostentan de acero el temple,
desafía al mundo entero
y sus rigores no teme;
que, cual gigante coloso,
la furia del rayo vence,
¡y esconde, hollando la tierra,
entre las nubes su frente!

MARQ. ¡Ah, Gonzalo! ¡Con qué gloria
de tales hombres soy jefe!
¡Con qué placer puedo ahora
de mandar envanecerme,
y decir; «yo he dirigido
á esos leones rugientes!»
¡Con qué honra podré envíar
á la Córte los laureles
que ha arrebatado Coruña
con valor, á los ingleses!

GONZ El gran Felipe II,
que el noble cetro sostiene
del augusto Cárlos V,
como aquel venciendo siempre,
recibirá con orgullo,
que en júbilo su alma anegue,
las nuevas de esta victoria
que su corona enaltece.

MARQ. Y premiará generoso

á los ínclitos valientes
que esta joya le conservan,
á su juramento fieles.

GONZ. ¿Y qué premio necesita
quien su pura sangre vierte
por su pátria y por su Dios,
á quienes da culto ardiente,
si le basta haber cumplido
sus sacrosantos deberes?

ESCENA II.

DICHOS TRONCOSO.

MARQ. Troncoso ansiaba veros: ¡bien venido!
TRONC. ¡Dios os guarde, marqués!
GONZ. Vuestro semblante
hondo pesar revela.
MARQ. ¿Enternecido
en el dia del triunfo?
TRONC. ¡Aunque triunfante,
este pueblo en dolor está sumido.
GONZ. Ciertamente, Troncoso; horrible duelo
queda en los coruñeses corazones.
MARQ. Pero ya es hora de calmar su anhelo;
que á tantos dias de desolaciones
la bienhechora paz nos manda el cielo.
TRONC. ¿Pero quién puede ver indiferente
el destructor estrago que ha causado
ese enemigo duro é inclemente,
que esta ciudad hermosa, fieramente
en un monton de escombros ha trocado?
MARQ. ¡Teneis razon!
GONZ. Su mano destructora
se conoce doquier.
TRONC. (Al marqués.) ¿Vos habeis visto
todos los daños que Coruña llora?
MARQ. ¡Muchos vi!
TRONC. Yo al mirarlos me contristo,
¡y pena inmensa el corazon devora!
MARQ. ¿Los visteis bien?

TRONC. Si, bien; hoy mismo ansioso
recorrí todos los alrededores,
y contemple, con ánimo angustioso,
el estrago terrible y horroroso
que ha causado el inglés en sus furores.
GONZ. ¡Grande será! Dos veces intentaron
la ciudad incendiar, con ruda saña,
y el fuego con sus manos la aplicaron;
pero nos salvó Dios, y no lograron
llevar á cabo su terrible hazaña.
TRONC. ¡Mas cuántos males, cuantos produgeron
dejando tras su paso tristes ruinas!
MARQ. Asolar la comarca pretendieron.
El daño detallad que nos hicieron
antes de abandonar nuestras colinas.
TRONC. Yo no sé si mi lengua, balbuciente
por el terror del pecho dolorido,
que angustia fiera entre dolores siente,
relataros podrá lo sucedido
con acento preciso y elocuente.
Apenas la ciudad esta mañana
dejé con ánsia inmensa y pié tardio,
ví los destrozos de la guerra insana
¡y la huella sangrienta é inhumana
do quier impresa con furor bravío!
Miré arrasado el barrio populoso
de aquí cercano... la pescaderia,
donde el sañudo inglés, de estrago ansioso,
en lodazal sangriento cenagoso
trocó de sus moradas la alegria.
Saqueó los hogares inhumano
en el incendio hallando sus placeres,
y degolló con ímpetu tirano,
al niño, al jóven, al vetusto anciano,
y profanó el honor de las mujeres.
Desolacion y ruinas por do quiera
quedan no mas en sus desiertas calles,
y ni un quejido ya el silencio altera,
¡como si un vasto cementerio fuera
lo que antes fué portento de los valles!
Ni una vivienda en pié, ni un habitante

que con ira y rigor no fuese hollado;
no descansa la vista un solo instante
¡contemplando en el suelo destrozado
cadáveres y sangre aun humeante!
De la ferocidad de hambrienta fiera
deja en este pais altos ejemplos,
que aterrarán la gente venidera;
ni ha respetado en su triunfal carrera
la santidad de los sagrados templos.
El de Santo Tomás está incendiado
y el barrio todo que le daba abrigo;
tambien Santo Domingo fué entregado
á la llama voráz del enemigo
y hasta el mismo cimiento derribado.
Por todas partes hay deshonra y luto,
por todas partes llantos y gemidos,
de este sitio fatal horrible fruto,
pagando, con dolor, cruel tributo
los pechos todos de dolor transidos.
Este es el cuadro que á la vista ofrece
de esta ciudad el campo desdichado;
y aun después de lidiar su angustia crece,
¡que no hay consuelo para el que padece
y vé muerto el objeto idolatrado!
¡Maldito para siempre de Dios sea
esa raza cruel y fratricida
que implacable mostróse en la pelea
y quiera el cielo que aterrada vea
entre llanto y horror correr su vida!

MARQ. ¡Merecido anatema!

GONZ. De su gente
muchos con sangre este pais regaron
tambien con sus cadáveres sembraron
este suelo feráz; ¡cumplidamente
en la Coruña su crueldad pagaron!
Y al fin de su impotencia convencidos
ayer volvieron á tomar sus naves,
tras de inútil luchar, rotos, vencidos,
y aprovechando hoy vientos suaves
hacen rumbo á su tierra arrepentidos!

TRONC. Aun, para tanto duelo, ha sido escasa

la pérdida sufrida; ¡aun fué del rayo
corto el estrago!

GONZ. Sí; ¡pero le abrasa!
Con alegría celebrar no escasa
se debe el dia de hoy veinte de Mayo.

MARQ. Echemos, pues, sobre el pasado un velo,
¡y gracias mil, con pecho agradecido,
dirijamos al Dios del alto cielo,
ya que, benigno, al fin ha concedido
á nuestros infortunios el consuelo.

ESCENA III.

DICHOS. MARIA.

MARIA. Si; al Eterno bendigamos
(Que ha oido las últimas palabras del Marqués.)
por su bondad, bien decís,
y pidámosle que presto
ponga á nuestras penas fin,
cicatrizando las llagas
que en los pechos llegó á abrir
esa lucha fratricida
en esta pátria infeliz.

MARQ. Lo hará, Maria; á la pena
ví siempre el gozo seguir,
y tras la dura tormenta
brilla el sol en el Cenit.

MARIA. ¡Teneis razon...! En la tierra
siempre ha sucedido así.

GONZ. No hay dolor que eterno sea,
ni eterno es nuestro existir,
que es un soplo nada mas
de Dios, que nos manda aquí,
juntando en un solo dia
el nacer con el morir.

MARIA. ¡Pero, cuántas amarguras
en tan corto espacio!

GONZ. Si;
mas existe para el alma
otra vida mas feliz.

TRONC. Sin esa esperanza hermosa,
¡que triste fuera vivir!
MARIA. Noble marqués; una infamia
de saber acabo; oid.
Hay quien ha visto á Pantoja
al contrario dirijir
cuando incendiar intentó
la ciudad.
MARQ. ¡Torpe malsin!
GONZ. ¡Horror dá oirlo!
TRONC. ¡Qué infamia!
MARQ. Si en mis manos cae aquí,
¡le juro que en un cadalso
acabará su existir!
TRONC. No puede ser de este suelo
ese maldito Cain.
MARIA. ¡No hay semilla de traidores
en esta pátria feliz!
MARQ. Olvidemos á ese hombre,
que Dios ha de confundir,
y ocupémonos del triunfo
que alcanzamos en la lid.
Maria, os hice llamar,
por que hoy mismo decidí
que á Dios en su Santo Templo
gracias podamos rendir,
porque ya de riesgo tanto
libres nos vemos al fin.
Al mismo tiempo premiar
quiero á los que á combatir,
se lanzaron por su pátria
con esfuerzo varonil,
y al enemigo arrojaron
de nuestro hermoso confin
TRONC. Es justo, noble marqués,
y grande os mostrais así.
MARQ. Todo lo tengo dispuesto;
y antes que se llega á hundir
el sol en ocaso, el premio,
Maria, obtendreis por mí
de vuestro ardiente valor,

de vuestro intenso sufrir.

MARIA. Nada merezco, marqués,
por que mi deber cumplí.

MARQ. Mas tal es mi obligacion
y no la debo eludir.
Dentro de una hora, reunidos
todos estarán aquí,
para que al templo marchemos,
culto al Eterno á rendir.
A los nobles y á los grandes,
pueblo y soldados les dí
órden de á las doce de hoy
á este salon acudir;
y obtendreis el galardon
que ni quereis ni pedis
ante toda la ciudad
que os vió alentada en la lid.

MARIA. ¡Yo, señor! (Avergonzada.)

MARQ. No repliqueis;
para eso os hice venir.

TRONC. Y no podrá en vos cebarse (A Maria).
la envidia torpe y ruin,
que vuestra frente merece
el verde laurel ceñir.

GONZ. ¡Hija del alma! (La abraza con júbilo.)

MARIA. ¡Señor! (Con gozo.

GONZ. ¡Gozo inmenso siento en mi!

MARQ. Parto, pues, lo necesario
al instante á prevenir;
que hoy en Coruña se vea
brillar un gozo sin fin,
¡y la alhague la esperanza
de un tranquilo porvenir!

MARIA ¡Hágalo Dios!

GONZ. ¡Él es grande!

MARQ. ¡Adios! Troncoso, venid,
que vuestra ayuda eficaz
de mucho me ha de servir.

TRONC. Con honor tan sigular,
señor marqués, soy feliz,
¡Si puede á tal regocijo

el mio contribuir.
(Vase, y el marqués por el fondo.)

ESCENA IV.

GONZALO. MARIA.

GONZ. Ya que tu infeliz esposo
no puede este dia ver,
en él tú vás á obtener
el galardon mas glorioso!
MARIA. El no goza en este suelo
la ventura de este dia,
¡pero es mayor la alegria
que gozará desde el cielo!
GONZ. ¡Hijo del alma! ¡La muerte
su vida, impía, cortó!
MARIA. ¡Gustosa trocara yo
hoy por la suya mi suerte!
¿De qué me puede servir
ese inmerecido honor,
si la angustia y el dolor
acibáran mi existir?
GONZ. ¡Pobre hija mia! Comprendo
la terrible intensidad
de tu pena... ¡en soledad
angustiosa te estás viendo!
MARIA. Yo en silencio devorára
ese cruel torcedor,
y al objeto de mi amor
llanto amargo consagrára;
y dando á la pena mia
tributo fiel y constante,
tranquila el último instante
de mi vida esperaria;
mas no es solo ese traidor
dardo el que turba mi calma
¡que está clavado en el alma
otro, si cabe, mayor!
GONZ. ¿Y cuál?
MARIA. La suerte que á Elena

con vileza ha preparado
ese Pantoja malvado,
causándola eterna pena.

GONZ. ¡Es cierto!

MARIA. Su desengaño
es doloroso..., ¡es cruel!
¡su alma está llena de hiel
y es irremediable el daño!

GONZ. ¿No puede darla de esposo
la mano en el sacro altar?

MARIA. ¿Cómo su alma ha de entregar
mi prima á un traidor odioso?
El no puede presentarse
nunca mas en la ciudad
porque su torpe maldad
habría de castigarse.

GONZ. ¡Si, por Dios! De aquí arrojado
por su traicion, si volviera,
la infame vida perdiera
en suplicio deshonrado.

MARIA Aquí ya no tornará
por eludir su castigo.

GONZ. Tal vez con el enemigo
á Inglaterra partió ya.

MARIA. Y la infeliz que le ama
aquí desolada en tanto,
vierte sin consuelo llanto
víctima de ardiente llama.

GONZ. El tiempo logre quizás
cicatrizar esa herida

MARIA. ¡Hay dolores en la vida
que no se estinguen jamás!
Ya no tardará en venir
aquí la desventurada,
porque de mí separada
no sabe un punto vivir.

GONZ. ¡En tan juvenil edad
sufrir tan honda tortura!

MARIA. ¡Es inmensa su amargura!
Ella se acerca... ¡mirad!
(Mirando por el fondo.)

ESCENA V.

DICHOS. ELENA.

ELENA. Aquí me tienes, María:
me lo indicastes, y vine ..
¡aunque entre alegría tanta
mas mi corazon se oprime!

MARIA. Conozco que con razon,
Elena mia, te afliges:
pero debes desterrar
esos pensamientos tristes.

ELENA. ¿Cómo ha de olvidar el ciego,
si vió del sol los matices,
la luz que á sus ojos falta
y antes pudo sonreirle?

GONZ. ¿Y merece un alma vil
esa pasion tan sublime?

ELENA. No, señor; no la merece
y amarle ya es imposible.
Mas, ¿cómo del pecho mio
lograré que se disipe
de un engaño tan cruel
el duro recuerdo horrible?
El á un dulce sentimiento
hizo el alma mia abrirse,
del paraiso mostrándome
los encantados pensiles,
¡para despues cruelmente
en oscuro abismo hundirme!
Esta adorada ilusion
tiene tan hondas raices
en mi ser desventurado,
¡que arrancarlas no es posible!

MARIA. ¡Yo tambien sufro y padezco!

ELENA. ¿Quién en el mundo no gime?
Mas te consuela el recuerdo
de que idolatrada fuiste
¡yo no puedo recordar
nada que mi duelo alivie

GONZ. Dios nos concede el olvido...
ELENA. ¿Y podré yo conseguirle?
No me es dado en este mundo
esperar horas felices.
En un claustro encerraré
esta pena que me oprime:
en sus sagrados altares
á Dios podré dirigirme,
¡y paz en la vida eterna
sabré con fervor pedirle!
MARIA. ¿Tú en un convento?
ELENA. ¡Allí, al menos,
la calma, el consuelo existen!
GONZ. ¡Cuántos males ha causado
con su traicion ese tigre!
Elena, todo en el mundo
tiene marcado su límite,
y tras el dolor, la dicha
vendrá un dia á sonreirte.
Eres jóven... ¡ay de aquel
que está de la tumba al linde,
¡y espera que su existencia
pronto entre llanto termine! (Vase.)

ESCENA VI.

MARIA. ELENA.

ELENA. Ya estamos solas, Maria;
¿de Pantoja algo supiste?
MARIA. Nadie á verle ha vuelto aquí
desde aquel dia terrible
en que el marqués le expulsó
por sus torpes hechos viles.
ELENA. ¡Déle el cielo mas ventura
que á mí y sus pisadas guíe!
MARIA. ¿Aun piensas en él?
ELENA. Le amo
con pasion irresistible...
mas comprendo que no debo
pensar con él en unirme.

¿Cómo, si manchó su honra,
pudiéramos ser felices,
ni presentarnos al mundo
con el estigma del crímen?

MARIA. ¡Y crímen que no perdona
pátria que su honor estime!

ELENA. ¡Dios eterno!

MARÍA. ¡Su traicion
ha sido infame!

ELENA. ¡Bien dices!
Debiera odiar su memoria,
execrarle y maldecirle...
pero, no puedo... ¡perdono
su vileza!

MARIA. ¡Alma sublime!

ELENA. Sea él feliz, mientras yo
pasaré mi vida triste
orando en la soledad
por mi desengaño horrible:
y cuando el señor disponga
que mis dolores terminen,
¡elevando mi alma á él
podré tranquila morirme! (Yéndose.)

MARIA ¿Te vás?

ELENA. ¡Déjame que huya!
mí corazon luto viste
y le ofende el regocijo
con afan indescriptible.
¡Volveré á ver al marqués
hoy mismo, para decirle
que con el velo de esposa
de Dios anhelo cubrirme!

MARIA. ¡Elena! ¿Y en mi viudez
me abandonas.. ? ¡Es posible!

ELENA. ¡De tormento solamente
puedo, María, servirte!
Tomé mi resolucion,
y es verdadera, y es firme;
que miro el mundo desierto...
¡y nada en él me sonríe! (Váse)

¡Vírgen pura del rosario,
(Cayendo de rodillas y alzando las manos al cielo.)
que de un corazon herido,
por el pesar oprimido,
puedes la angustia calmar;
tú qué, con una mirada,
nos envias desde el cielo
el bálsamo del consuelo,
¡pon término á mi penar!
Por el llanto que vertiste
con el tormento prolijo
de ver morir á tu hijo
enclavado en una cruz,
atiende mi ardiente ruego
y de tu mansion divina,
donde la dicha germina,
donde se engendra la luz,
mándanos un lenitivo
que nuestro afan aminore;
¡y haz que el pecho no devore
este tormento cruel!
Haz con tu poder supremo
que en tranquilidad vivamos;
¡que firmemente venzamos
la fiereza de Luzbel!
Dá á nuestro espíritu débil
las fuerzas que necesita,
y que tu gracia infinita
nos preste su proteccion:
¡que el alma purificada
de la mundanal escoria,
pueda gozar de la gloria
en tu celeste mansion!
(Queda postrada con la cabeza baja.)

ESCENA VIII.

MARÍA. PANTOJA. (Que sale á la escena por una puerta secreta que habrá en el último término de la izquierda, con suma precaucion.)

PANT. Ninguno me ha visto entrar...
(Sin ver á María.)

He logrado mi deseo.
Dentro del palacio creo
que Maria debe estar.
Con cautela he de buscarla
y sin tardar... mas, ¿que miro?
(Al ir á dirigirse al fondo, repara en Maria.)
¡Ella es...! ¡De gozo deliro...!
Sin mucho afan pude hallarla.
¡Está orando.. ! A su pesar
hoy mismo habrá de ser mia.
(Llegándose á ella.)
¡Alza del suelo, Maria,
(Con voz imperiosa. Maria al oirle se alza rápidamente, sorprendida é indignada.
y deja ya de rezar!

MARIA. ¡Dios poderoso!... ¡Pantoja! (Aterrada.)

PANT. ¡Ese soy!

MARIA. ¡Torpe precito!...
¡Para expiar tu delito
aquí el infierno te arroja!

PANT ¡Te engañas!... Estoy seguro...
nada temo por mi vida,
favorece mi salida
oculta puerta del muro.

MARIA. ¿Y qué á volver te ha movido?
¿Qué horrible infamia te guia?
¿Qué otra nueva alevosía
en tu mente has concebido?

PANT. Nueva no; con firme ardor
la misma que aquí he encerrado
(Señalando al pecho.)
tanto tiempo, me ha guiado,
¡y vengo á obtener tu amor!

MARIA. ¡Mi amor!... (Con sarcasmo.)

PANT. Ese solo anhelo,
que llena todo mi ser,
¡me hace el crímen cometer
y desafiar al cielo!

MARIA. ¡Que horror!

PANT. Por verle cumplido
el riesgo impávido arrostro,

y por contemplar tu rostro
hasta aquí me he introducido.
Dar fin quiero al padecér
que hace de mi alma un abismo,
y, resuelto á todo, hoy mismo
mía por siempre has de ser!
Ese es mi bello ideal
y retroceder no puedo,
¡que sabré luchar sin miedo
con el poder infernal!

MARIA. Y no pensaste, malvado,
que el ódio que por tí siento
me dá poderoso aliento
que no has de ver humillado?
Nunca tu impúdico amor
el triunfo puede alcanzar,
que tengo alzado un altar
dentro del pecho al honor!
Con su santa excelsitud
á los impíos aterra...,
¡es invencible en la tierra
el poder de la virtud!
Ella triunfa del Averno
solo con su esencia pura,
¡que la luz con que fulgura
es del trono del Eterno!
Huye, infame corruptor,
de tu delito espantado,
¡ó serás pulverizado
por un rayo vengador!

PANT. ¡Nunca el temor conocí,
ni he vacilado jamás!
hoy me pertenecerás;
conmigo saldrás de aquí.
Una nave nos espera,
que aprestó mi prevision,
y á la nebulosa Albion
nos conducirá velera;
y de este palacio sé
una ignorada salida,
de todos desconocida

que con sigilo abriré.
mira si algo habrá que tuerza
la firme decision mia
¡tú me seguirás, María,
sino de grado, por fuerza!

MARIA. ¡Sin duda tu mente loca
con delirio te fascina!
¿Cómo se arranca la encina?
¿Cómo se parte la roca?
¡Roca y encina será
mi ardimiento sobrehumano,
que á tu deseo villano
constante resistirá!
Primero que sucumbir
á tu infernal impureza,
¡con desusada fiereza
el corazon me he de abrir!
Antes que pertenecerte
mis venas quiero rasgar,
¡que nunca supe temblar
y no me asusta la muerte!
Esta es la resolucion
que nada puede torcer...
¡y tiembla de una mujer
la honda desesperacion!...
Que, cuando espirar me veas
tu mismo te aterrarás,
y de mis lábios oirás:
«¡Maldito mil veces seas!»

PANT. ¡Hiena implacable seré
si así excitas mi rigor!
¡Muerta ó viva en mi furor
conmigo te arrastraré!
Por tí, con fiera ansiedad,
aquí al inglés introduje;
por poseerte le induje
á incendiar esta ciudad;
y cuando á tanta traicion
me lancé desesperado,
¿pretendes que acobardado,
deje perder la ocasion?

Primero mi altivo aliento
en esta estancia concluya...
¡antes mi vida destruya
un rayo del firmamento!

MARIA. ¡Fiera, que marchas en pos
de víctimas que inmolar,
tu crímen va á castigar
la tremenda ira de Dios!
Tu alma infame, en el Averno,
por su justicia lanzada,
¡sufrirá desesperada
horrible castigo eterno!

PANT. ¡Piensas aterrarme...? ¡No!
¡Contento sufro esa suerte!
¿Quién de mi ha de defenderte?

(D. Gonzalo se presenta en el fondo y oye estas palabras.)

¡Nadie!

GONZ. ¡La defiendo yo!

(Poniéndose delante de Maria enfrente de Pantoja.)

ESCENA IX.

DICHOS. GONZALO.

MARIA. ¡Padre! (Con alegría)
GONZ. ¡Alienta!
PANT. ¡Viejo insano
¿Otra vez en mí camino? (con ira)
¡Sufre tu negro destino!
(Sacando la espada)
GONZ ¡Dios da vigor á mi mano!
(Sacando la suya.)
MARIA. ¡Teneos! (Interponiéndose.)
GONZ. (Avanzando) ¡Justo es que muera!
PANT. ¡En tu sangre has de nadar!
(Haciendo lo mismo.)
MARIA. ¡Por Dios! (Deteniéndoles.)
GONZ. ¡Déjame cortar
(Se desase de Maria y lidia con Pantoja.)
la garras de la pantera!
PANT. ¡Ira del cielo! (Lidiando con furor)

MARIA. ¡Malvado!
GONZ. ¡Por mí lidia la razon!
PANT. ¡Sucumbirás!
GONZ. ¡Tu traicion sucumbirá!
(Haciendo un supremo esfuerzo, y dejando desarmado á Pantoja, cuya espada cae á sus pies.)
PANT. ¡Desarmado!
(Con desesperacion).
MARIA. ¡Justicia!
PANT. ¡Dáme la muerte!
(Con rabia á D. Gonzalo).
GONZ. ¡Yo no asesino!
MARIA. ¡Al momento huye de aquí!
PANT. ¡En tal tormento el morir es mejor suerte!
(Se lanza desesperado á coger su espada.)
GONZ. ¡Deja la espada en el suelo,
(Poniendo el pié sobre ella.)
y agradece mi nobleza!..
¡Sal libre, y á tu vileza
dé justo castigo el cielo!
(Troncoso sale y se dirige á don Gonzalo, llamándole, sin ver á Pantoja.)

ESCENA V.

DICHOS. TRONCOSO.

TRONC. ¿Gonzalo? ¡Pantoja aquí! (Con asombro al verle
MARIA. ¡Por mi mal!
TRONC. No me engañaron los que verle aseguraron.
PANT. ¿Dices que me han visto?
TRONC. Sí; ¡y á morir vas!
GONZ. ¡Oh! dejad que libre parta.
TRONC. ¡Eso no! Su castigo mereció y hoy pagará su maldad!

¡Buscándole vá el marqués,
y pues está aquí, guardadle;
que no huya.

MARIA. No; dejadle.

PANT. No huiré.

GONZ. ¡Le espera el inglés!

TRONC. Su muerte ejemplo será
en un cadalso afrentoso,
¡y hasta ese instante dichoso
encerrado aquí estará!

(Váse, cerrando tras sí la puerta del fondo.)

ESCENA XI.

MARIA. GONZALO. PANTOJA.

GONZ. ¡Se fué!

MARIA. ¡Y las puertas cerró!

PANT. Mas, de todos ignorada,
hay una puerta escusada
cuya llave tengo yó.

(Abre la puerta secreta por donde entró y que cerró al salir con llave.)

Mirad.

(Mostrando con sumo gozo la puerta abierta.)

MARIA. Parte, pues.

PANT. Me iré;
pero juro que sin tí
no me moveré de aquí....
¡Conmigo te arrastraré!

(Asiéndola con fuerza de un brazo.)

MARIA. ¡Infame!

(Procurando desasirse; pero Pantoja la sujeta y la arrastra hácia la puerta secreta.)

PANT. ¡Ven! (Arrastrándola violentamente.)

GONZ. ¡No será

Yendo furioso hácia Pantoja en ademan de herirle con la espada.)

mientras viva yo, Pantoja!

PANT. ¡Acercaos, y esta hoja

(Sacando su puñal, y amenazando con él ál pecho de Maria.)

en su pecho se hundirá!

GONZ. ¡Ah! (Retrocediendo aterrado.)

MARIA. ¡Hiere! (Con fuerza y decision.)

PANT. No; quiero verte
á mis plantas suplicarme!

GONZ. ¡Qué infamia!

MARIA ¡Antes sabrán darme
mis propias manos la muerte!

GONZ. ¡Hija! (Aterrado.)

PANT. ¡No hay ya compasion!

MARIA. ¡Ni la imploro!

GONZ. ¡Dios eterno!

PANT. ¡Llama en tu ayuda al infierno!

(Ya cerca de la puerta secreta con Maria.)

ESCENA XII.

DICHOS. TROMCOSO. EL MARQUÉS. SOLDADOS.

TRONC. ¡Ved! (Al marqués señalando á Pantoja, y quedando al fondo con los soldados.

MARQ. ¡Pantoja! (Bajando indignado.)

PANT. ¡Maldicion! (Con ira.)

MARQ. ¿Qué intentas?

PANT. De esta mujer
ser el dueño.

MARQ. ¡Traidor; cesa!

TRONC. ¡Antes del verdugo presa
muy en breve vas á ser!

(Bajando rápidamente y separando con violencia á Pantoja de María y sujetándole: Pantoja al verse sorprendido deja caer el puñal.)

PANT. ¡Infierno!

(Queriendo desasirse de Troncoso que no le deja movorse.)

MARQ. ¡Prendedle!

(A los soldados que bajan y sujetan á Pantoja. rodeándole.)

MARIA ¡Ah!

(Con júbilo yendo al lado de D. Gonzalo.)

¡libre respiro!

MARQ. ¡Maria! (con gozo al verla libre.)
TRONC. Señor marqués...
(Acercándose al marqués despues de dejar á Pantoja sujeto por los soldados.)
GONZ. ¡Hija mia!
(Abrazándola gozoso.)
TRONC. ¡La hiena no muerde ya!
(Señalando á Pantoja.)
MARQ. Suba al cadalso infamante,
y en él, cúmplase del rey
la recta y severa ley.
Llevadle de aquí al instante.
(A los soldados señalándoles la puerta del fondo.)
GONZ. ¡Por fin la muerte le alcanza!
TRONC. ¡Deshonrosa y merecida!
PANT. ¡Que pierda pronto la vida (Con desesperacion.)
ya que pierdo la venganza!
MARQ. ¡Llevadle! (Con imperio.—Los soldados se van con Pantoja, por la izquierda del fondo.)
MARIA. ¡Dios me ha salvado
de la infamia!
TRONC. ¡Su clemencia,
siempre para la inocencia
tiene el premio reservado
MARQ. ¡La que nos hizo vencer
nunca sucumbir podia!
TRONC. ¡Dos triunfos en este dia
te quiso Dios conceder!
MARQ. Todos suben ya tras mí
tu nombre para ensalzar:
en triunfo vas á marchar
á la iglesia desde aquí.
MARIA. ¡Yo, señor!
MARQ. Si.
GONZ. ¡Gloria inmensa!
TRONC. ¡Que causa á todos placer!
MARIA. ¡No soy digna de obtener
tan honrosa recompensa!
MARQ. ¡Tu esfuerzo fué sin igual!
VOCES DENTRO ¡Viva Maria!
MARQ. ¿Oyes?

VOCES DENTRO ¡Viva! (Mas cerca.)
MARQ. ¡La ciudad te espera arriba
y abajo el carro triunfal!

ESCENA XIII.

LOS MISMOS. ELENA. Prelados. Soldados. Nobles. Magistrados Hombres y mujeres del pueblo. Músicas marciales.

ELENA. ¡Prima del alma! (Corriendo á sus brazos.)
MARIA. (Abrazándola con cariño) ¡Mi Elena!
ELENA. ¡Vengo para acompañarte!...
¡Con el placer de admirarte
se desvanece mi pena!
MARQ. Todos al templo marchemos;
¡y porque á nuestra ciudad
ampara con su bondad
gracias á Dios elevemos.
A tí, Maria Mayor,
Fernandez, Cámara y Pita,
la Coruña necesita
dar alto premio de honor;
y en bronce eterno se escriba
el valor de la mujer
que nos ayudó á vencer:
¡Viva Maria Pita!
TODOS. ¡Viva!
TRONC. Dése trégua al hondo duelo,
¡y sepa asombrado el mundo
que, venturoso y fecundo,
dá heroinas nuestro suelo!
MARIA. En donde ínclitos varones
dan ejemplo portentoso
de alto esfuerzo valeroso
y de grandes corazones,
fuerte tambien la mujer
su ejemplo debe imitar,
si sus nombres ha de honrar
y su cariño obtener,
Dignos de loa eternal
son cuantos nacen aquí...

¡Siempre acreedores les ví
de la envidia universal!
¡Nunca el sublime arrebol
se empañará de su gloria!
¡Coruña será en la historia
honra del suelo español!
Siempre que quiera la suerte
nuestra dignidad herir,
¡primero que sucumbir
sepamos sufrir la muerte!
Si contrarios atrevidos
nos insultan otra vez,
conquistemos nueva prez
luchando firmes y unidos;
¡y nunca nos vencerán,
que somos invulnerables,
y despojos miserables
de nuestras plantas serán!
Si un arma la diestra empuña,
y la blande con razon,
¡eterno será el blason
que se conquiste Coruña!
¡Marchemos de la honra en pos
enlazados como hermanos!
¡Guerra siempre á los tiranos!
Ahora... ¡á la iglesia de Dios!

Se oye un alegre y general repique de campanas. Todos se disponen á salir. Rompen las músicas una marcha triunfal, y María, rodeada del Marqués, Gonzalo, Troncoso, Elena y los nobles, marcha delante de los soldados, cerrando la marcha los hombres y las mujeres del pueblo. Todos empiezan á salir por la puerta del fondo, y al llegar la comitiva al centro de la escena, cae el telon, cubriendo este animado cuadro.

FIN DEL DRAMA.